

CHE GUEVARA Y LA REVOLUCION EN AMERICA LATINA^(*)

Por MANUEL CABIESES DONOSO



CHE: "infinitamente más duras serán las nuevas batallas que esperan al pueblo en otros lugares de América latina".

* El texto de esta separata corresponde a la charla que nuestro compañero Manuel Cabieses Donoso, miembro del Consejo de Redacción de PF, ofreció en la Casa de la Cultura de San Miguel el miércoles 2 de julio, a invitación del Instituto Chileno-Cubano de Cultura, dentro de un ciclo preparado con motivo del 16º aniversario del Asalto al Cuartel Moncada.

EN primer lugar, nuestro agradecimiento al Instituto Chileno-Cubano y a la Municipalidad de San Miguel por esta oportunidad que se nos brinda de participar en el ciclo de charlas preparado en vísperas de un nuevo aniversario del 26 de Julio. Lo hago en nombre del Consejo de Redacción de la revista PUNTO FINAL y sobre un tema bien preciso aunque amplio, "Ernesto Che Guevara y la Revolución Latinoamericana". ¿Es necesario advertir que compartimos los ideales a los cuales entregó su vida el comandante Che Guevara? Creo que en algún modo vale la pena, porque desde luego no me propongo hacer aquí un examen seudobjetivo de sus teorías revolucionarias. Asimismo, aunque no es mi propósito herir alguna susceptibilidad, ni causar más trastornos a la revista en cuya dirección participo, lo cierto es que mis compañeros y yo pensamos, y lo decimos francamente, que en nuestra opinión la lucha armada es la única vía de liberación en América latina. Por supuesto no estoy utilizando un eufemismo, característico por lo demás en el lenguaje político chileno. Cuando digo que nos contamos entre quienes piensan que la lucha armada es la vía liberadora del continente, estoy hablando del continente en términos globales, sin excluir a nuestra propia patria, a Chile, cuyo pretendido carácter excepcional no vemos por parte alguna, aunque sí, en cambio, avizoramos en ella las mismas condiciones objetivas que en otros países hermanos han llevado a iniciar la lucha armada.

Aclarado este punto, me parece que conviene considerar otro no menos importante. Para nosotros, Ernesto Che Guevara no es un "icono sagrado", como decía Lenin, al que se ha despojado de todo contenido revolucionario, convirtiéndolo en simple objeto de veneración. Che Guevara, como todos los grandes revolucionarios, **está vivo**. Sus ideas y su ejemplo no fueron derrotados; sigue siendo un enemigo implacable, quizás el de mayor peligrosidad, del imperialismo norteamericano y de las burguesías del continente.

Bajo la gloriosa bandera del Che, se mueven masas sedientas de justicia. Al calor de sus luchas se funde la unidad obrero-estudiantil que ha pasado a ser la más temible "molotov" inventada por quienes buscan construir la sociedad socialista.

El ejemplo vivo del Che impulsa a sectores radicalizados de la pequeña burguesía a incorporarse sin condiciones egoístas a una lucha que se libra bajo el mundo de la ideología del proletariado. El Che abrió los ojos a esos sectores para que miren de frente la explotación que sufren nuestros pueblos; su ejemplo los incita a elegir entre las migajas del sistema o la anulación de sus menguados privilegios en el seno de una sociedad distinta, verdaderamente democrática, humana y rica en posibilidades para todos.

El ejemplo del Che lleva a obreros y campesinos a iniciar el camino revolucionario, desdeñando los cantos de sirena del reformismo. Renace la certidumbre en la victoria final. Brota la confianza en las propias fuerzas y el rechazo a toda alianza que signifique contemporizar y retrasar la iniciación del combate.

Ya el fundador de la teoría revolucionaria,

V. I. Lenin, había previsto en la segunda década de este siglo las artimañas de que se valdrían los reaccionarios, los dogmáticos y los seudorrevolucionarios para neutralizar la herencia peligrosa y subversiva que deja todo verdadero revolucionario. En efecto, Lenin —a cuyo centenario nos acercamos—, preveía con exactitud el juego innoble que significa crear una suerte de práctica religiosa, un verdadero mito, en torno a la memoria de los revolucionarios que en vida han sido combatidos con saña y sin ninguna contemplación. Lenin, víctima él mismo de esa maniobra, supo durante su vida lo que significaba asumir una actitud consecuente con una línea de pensamiento. Como ha ocurrido a todo conductor revolucionario, Lenin no sólo fue odiado por el poder zarista y por los imperialistas de su época; también recibió los más duros ataques desde el campo mismo de las fuerzas que en ese momento aparentaban luchar por la revolución y que, en verdad, sólo trabajaban para detenerla o tracionarla. El fue acusado de "ultrarrevolucionario", "blanquista", "jacobino", y se le enrostraron en duros términos una serie de acciones que los revolucionarios rusos guiados por él, y que al comienzo constituían una escasa minoría, llevaron adelante para gestar el proceso que maduró en el glorioso Octubre de 1917.

El comandante Guevara, cuyo nombre sin ninguna duda ya está incorporado a los libertadores de América, no podrá ser reducido jamás a los términos inocuos de un mito ni forjarse en torno de él una especie de religión, carente de filo revolucionario. Y esto no será porque los reaccionarios no intenten hacerlo, sino porque para una masa creciente de campesinos, obreros y estudiantes, el nombre del comandante Guevara es un símbolo de acción revolucionaria, de consecuencia entre idea y actitud y de entrega absoluta a un ideal por el cual vale la pena luchar y morir en cualquier rincón de América.

Es cierto que hay quienes intentan convertir a Che Guevara en un "icono sagrado". Son los que se descubrieron con cinismo ante su cadáver, en octubre de hace dos años, en gesto de respeto por el héroe caído, y que, sin embargo, durante su vida no sólo le negaron ayuda sino que, más aún, boicotearon activamente su lucha y hasta lo traicionaron.

"Los amigos me llaman un nuevo Bakunin, y se lamentan de la sangre derramada y de la que se derramaría en caso de tres o cuatro Vietnam", escribió el comandante Guevara en su diario de campaña en Bolivia, a un mes y medio de su última batalla.

Los peores y más insólitos enemigos de lo que fue y es Che Guevara, son aquellos que en vida lo pintaron como un "aventurero" y un "anarquista", una "figura patética" que un día se echó un fusil al hombro y partió a pelear en las montañas, ajeno por completo a la realidad latinoamericana, a la política de coexistencia entre Estados diferentes, a la correlación de fuerzas imperialistas y revolucionarias, ignorando olímpicamente las peculiaridades locales de cada país, la esencia de la lucha de clases, etc. Son los mismos que quieren hacer del Che una figura romántica y legendaria, o sea, convertirlo en un mito y descartarlo como factor activan-

te del proceso revolucionario de nuestros pueblos. El argumento que esos críticos esgrimen en su empeño de erosionar los contornos ejemplares del Che, es de un oportunismo mensurable sólo en términos de una pobreza ideológica absoluta.

Se dice, en síntesis, que el Che fracasó porque encontró la muerte en Bolivia; como él era el máximo representante de la corriente revolucionaria que proclama la lucha armada —sigue esa tesis—, su muerte sería la mejor prueba del fracaso de esa tendencia. Quienes así argumentan son los mismos que, sin ningún rubor, propugnan incansables, año tras año, década tras década, un camino para que el pueblo llegue al poder que no ha triunfado jamás en parte alguna. Olvidan quienes así argumentan, sin duda lo hacen a propósito, que el proceso de la liberación es áspero y difícil y que, a medida que se desarrolla, por el mismo hecho de crecer y ahondarse, se van produciendo derrotas y victorias parciales, muchos y valiosos combatientes caen en la acción; pero las derrotas parciales y las pérdidas por muy graves que sean, forman parte inevitable del proceso. Señalar esta evidencia no quiere decir, por cierto, que sea de la esencia de la estrategia revolucionaria dar batallas perdidas ni formar una honrosa lista de mártires y héroes. Muy por el contrario: de lo que se trata, justamente, es ganar cuanta batalla y escaramuza sean posibles no sólo para debilitar al enemigo, sino también para ganar la adhesión de las masas y alcanzar la victoria final.

El deber histórico de los revolucionarios, como se ha dicho, es hacer la revolución. En nuestros días acometer esa empresa exige cada vez más tecnificadas formas de seguridad para proteger en su etapa inicial, al menos, el aparato armado que se enfrentará al ejército y a la policía represiva. Ningún movimiento revolucionario auténtico, que se sepa, sustenta una vocación de autodestrucción, ni está empeñado en la fabricación gratuita de héroes y mártires. Basta leer el **Diario del Che en Bolivia** para formarse una idea de cómo ese guía revolucionario, compañero y a la vez jefe de sus hombres, se preocupaba de anotar en forma minuciosa los defectos y errores para corregirlos y evitar caer en una repetición de ellos. Si en alguna parte salvar la vida es esencial, es en la lucha armada. Che Guevara, desde luego, no fue a Bolivia motivado por un arranque de impetuoso idealismo; aunque sí era, en efecto, un idealista en el sentido legítimo de ese término, o sea, un hombre que abrazó un ideal, cual es la revolución, con toda la fuerza y decisión que dan las convicciones racionales.

"Nosotros, revolucionarios prácticos, iniciando nuestra lucha, simplemente cumplíamos leyes previstas por Marx el científico, y, por ese camino de rebeldía, al luchar contra la vieja estructura del poder, al apoyarnos en el pueblo para destruir esa estructura y al tener como base de nuestra lucha la felicidad de ese pueblo, estamos simplemente ajustándonos a las predicciones del científico Marx", escribió Che Guevara en un artículo de 1960 sobre la ideología de la Revolución Cubana (1). Che Guevara era un marxista re-

volucionario como lo fue Lenin, y aunque eso parece fuera de toda duda, no está de más sostenerlo cuando hay quienes escudriñan su personalidad política, su acción y su pensamiento, poniendo en tela de juicio su ideología.

En el mismo artículo ya citado, el comandante Guevara traza una imagen de la decantación ideológica que experimentaron los principales protagonistas de la revolución cubana, señalando que los revolucionarios cubanos poseían "algunos conocimientos teóricos" y un "profundo conocimiento de la realidad". Así pudo irse asentando una teoría revolucionaria que no podría ser otra que el marxismo. "Se debe ser marxista —escribió el Che— con la misma naturalidad con que se es "newtoniano" en física o pasteuriano" en biología, considerando que si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que han pasado" (*).

La propia lucha guerrillera, los cambios de composición social en el ejército rebelde, los cambios cualitativos en los frentes de batalla, explica el Che, corrieron a parejas con "las transformaciones ideológicas de sus jefes". Y escribe al respecto: "Cada uno de estos procesos, de estos cambios, constituyen efectivamente un cambio de calidad en la composición, en la fuerza, en la madurez revolucionaria de nuestro ejército. El campesino le va dando su vigor, su capacidad de sufrimiento, su conocimiento del terreno, su amor a la tierra, su hambre de reforma agraria. El intelectual de cualquier tipo pone su pequeño grano de arena empezando a hacer un esbozo de la teoría. El obrero da su sentido de organización, su tendencia innata a la reunión y la unificación" (**).

Che Guevara es pues un guía revolucionario cuya ideología es el marxismo, o sea, la doctrina revolucionaria, arma teórica de las clases y las naciones explotadas. Como todo conductor revolucionario, desde Lenin acá, Che Guevara unía estrechamente la teoría a la acción, era un combatiente, el escalón más alto al que puede aspirar el hombre que abraza la ideología revolucionaria.

"Los partidos marxistas —escribió en 1963— no pueden cruzarse de brazos esperando que las condiciones objetivas y subjetivas, formadas a través del complejo mecanismo de la lucha de clases, alcancen todos los requisitos necesarios para que el poder calga en manos del pueblo como una fruta madura" (2). Para Che Guevara, el partido marxista-leninista, vanguardia de la clase obrera, tiene un papel catalizador "que sabe mostrarle el camino del triunfo y acelerar el paso hacia nuevas situaciones sociales" (*).

La ideología del Che es firme, científica y revolucionaria. Si bien él es uno de los más altos exponentes de la teoría y práctica que surgen de la revolución cubana, también es evidente que Che Guevara es por sobre todas las cosas un dirigente latinoamericano, cuya concepción revolucionaria se halla influida por la historia y la experiencia acumulada en nuestro continente. Cuba es la primera revo-

(*) (**) Id.

(2) "El Partido Marxista-Leninista", abril de 1963, citado en PF Nº 40, octubre de 1967.

(*) Id.

(1) "Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana" PF Nº 33, julio de 1967.

lución socialista de América latina, de ahí su continentalidad. Che Guevara pertenece a la categoría de los libertadores que siempre pensaron y actuaron en los términos vastos del continente.

Cuando se supo que el Comandante Guevara estaba al frente de la guerrilla en Bolivia a nadie cupo dudas, y menos al imperialismo norteamericano, que ese foco de lucha armada perseguía internacionalizar el combate guerrillero. La zona donde fue localizada la guerrilla boliviana, en efecto, podía formar un círculo expansivo que, saliendo de las fronteras de Bolivia, abarcara también la Argentina, Brasil, Paraguay, Perú y Chile. Es por eso que el imperialismo yanqui no vaciló un momento en "internacionalizar" a su vez la lucha antiguerrillera. "A nuestra guerrilla —ha escrito Inti Peredo— la combatieron soldados del ejército boliviano asesorados por "instructores" yanquis experimentados en Vietnam y pertrechados con armamentos y raciones proporcionadas por los ejércitos de Argentina y Brasil" (3). Tampoco podía caber dudas a nadie que si el ejército regular boliviano fracasaba, se produciría la intervención directa de las tropas norteamericanas y de otros países en Bolivia, tal como ha ocurrido en Vietnam y Corea, y como en su tiempo sucedió en la propia Unión Soviética, intervenida militarmente por 14 naciones.

Los revolucionarios en América latina han retomado la línea estratégica de los libertadores del siglo pasado. No es arbitrario por eso concebir la lucha de liberación como un esfuerzo continental. Aún más, hoy es suicida no concebirla de ese modo cuando el enemigo, el imperialismo norteamericano, tiene una significación de tipo continental infinitamente más poderosa que la que tuvieron los decadentes imperios coloniales europeos del siglo pasado. Es sabida, y estaría de más repetirla aquí, la multiforme manifestación del dominio imperialista sobre América latina. Sabemos que esa dominación asume no sólo características de explotación económica, lo que ya sería bastante, sino que, además, se traduce en el asesoramiento, entrenamiento y equipamiento de los ejércitos y policías que sostienen el poder de las burguesías en el continente; en el control de la escasa tecnología de que disponen nuestros países; en la intervención solapada de nuestras universidades y en la orientación pedagógica; en la penetración ideológica en las masas a través del cine, televisión, prensa y organismos sindicales y culturales. Las reuniones hemisféricas anuales de los jefes de fuerzas armadas bajo la batuta del Pentágono y de los jefes policiales orientados por la CIA, forman la estructura de acero interna del cuerpo de la alianza imperialismo-burguesías en nuestro continente.

Sin embargo, en el campo de las fuerzas revolucionarias o potencialmente revolucionarias, también hay denominadores comunes, a pesar de las discrepancias estratégicas y hasta ideológicas. Un denominador común latinoamericano es, como escribía el Che, el "hambre del pueblo, cansancio de estar oprimido, vejado, explotado al máximo, cansan-

cio de vender día a día miserablemente la fuerza de trabajo (ante el miedo de engrosar la enorme masa de desempleados) para que se exprima de cada cuerpo humano el máximo de utilidades, derrochadas luego en las orgías de los dueños del capital" (4).

Aparte de esas condiciones objetivas, comunes a toda América latina salvo Cuba de hoy, sólo faltan en algunos países condiciones subjetivas que pongan en marcha al gigante del pueblo en armas. "Esas condiciones —escribía el Che— se crean mediante la lucha armada que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (como condición imprescindible a toda revolución verdadera)" (*).

Durante mucho tiempo faltó en América latina "la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperiales y a sus aliados internos" (**). Pero eso ya no es más así. La victoria de los revolucionarios cubanos creó esa conciencia. El 26 de julio de 1953, con el asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, se inició un proceso que se ha ido extendiendo por América latina. ¡Qué lejos, por decirlo de algún modo, parecen hoy los calificativos de "aventurero" y "provocador" que en esa época le endilgaron a Fidel Castro! Aquí mismo, en Chile, el 1º de agosto de 1953, un miembro del Comité Central del Partido Comunista escribía sobre el asalto al Moncada: "el pueblo cubano acaba de ser víctima de una nueva agresión del imperialismo yanqui..." "las consecuencias de esta agresión empieza ya a sufrirlas, el pueblo cubano en su propia carne" (5).

El triunfo de la lucha armada en Cuba se logró en plazo relativamente breve, que en verdad abarca un período de sólo dos años entre el desembarco del "Granma" y el desmoronamiento del ejército profesional y la huida de Batista. Ningún revolucionario puede equivocarse y creer que el imperialismo no aprendió su lección. Che Guevara, mucho menos, no se equivocaba al respecto. Fue él quien dijo que el imperialismo "no volverá a ser tomado por sorpresa en ninguna de las 20 repúblicas, en ninguna de las colonias que todavía existen, en ninguna parte de América", y que "infinitamente más duras serán las nuevas batallas que esperan al pueblo en otros lugares de América latina" (6). Por eso la creación de un foco guerrillero no puede ser producto del simple voluntarismo de un grupo audaz. Es algo mucho más serio.

Desde luego requiere, como lo ha señalado Régis Debray en su ensayo "¿Revolución en la Revolución?", libro que constituye un esbozo inicial de una materia sumamente compleja, una etapa necesaria de propaganda previa.

La propaganda de la lucha armada tiene

(4) "Cuba: Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista", PF Nº 40.

(*) Id.

(**) Id.

(5) Citado por Régis Debray, "El Castrismo: la gran marcha de América Latina", PF Nº 30.

(6) Che Guevara, "Cuba: Excepción histórica...", PF Nº 40.

(3) "La guerrilla boliviana recién comienza", Inti Peredo, julio de 1963, PF Nº 62.

que asumir, necesariamente, formas armadas. Se trata de acciones que estén ligadas a los problemas de las masas, al problema específico del hambre, por ejemplo, y que revisitan también la categoría de enfrentamientos con el imperialismo y sus agentes de dominación local.

En esta cuestión de la propaganda de la lucha armada, de la etapa necesaria para ligar a las masas, resulta bastante ejemplar la acción que está desplegando el Movimiento de Liberación Nacional ("Tupamaros") del Uruguay.

Estas consideraciones llevan —como es lógico— a pensar que un peligro que acecha a los revolucionarios es confundir un momento de insurgencia, en que las fuerzas son todavía muy débiles y la organización deficiente, con la etapa prerrevolucionaria propiamente tal. Nos parece que esa primera etapa puede ser activada con la propaganda de la lucha armada para hacer madurar la irrupción de la segunda fase en que se plantea la lucha armada propiamente tal.

El denominador común que es "el hambre del pueblo", no se detendrá ante la amenaza del enemigo imperial; sólo que ahora las vanguardias revolucionarias —que también aprenden la lección— deben prever luchas prolongadas, costosas, y adquirir a su vez experiencias prácticas que les permitan, primero, sobrevivir y luego desarrollarse hasta alcanzar la victoria.

Che Guevara concebía la lucha armada como una lucha que a partir del foco guerrillero puede llegar a estructurar un ejército popular de liberación que logre derrotar al ejército opresor. El escenario natural de esa lucha, según esa concepción esencialmente válida para América latina, debe ser el campo. "Sobre la base ideológica de la clase obrera, escribía Che Guevara, cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro"; ese ejército "que va conquistando las ciudades desde afuera, uniendo a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes, puede y debe derrotar al ejército opresor" (*).

Esta concepción revolucionaria que confía en el campesinado el peso inicial de la lucha armada, sin menospreciar por ello la potencialidad de la clase obrera y, por el contrario, orientándola por la ideología del proletariado, no es ajena a la historia de las revoluciones contemporáneas. Para demostrarlo baste recordar los casos de China, Vietnam, y la propia guerra de liberación de Argelia. "En los países coloniales —escribe el argelino Franz Fanon— solamente los campesinos son revolucionarios, pues no tienen nada que perder y todo lo tienen por ganar. El campesino que muere de hambre, fuera del sistema de clases, es el primero de los explotados que descubre que lo único que rinde es la violencia. Para él no existe compromiso ni acomodo posible..." (7).

Tanto el imperialismo como las burguesías, han percibido claramente que el campesinado

constituye un formidable ejército revolucionario. A partir de 1960, es el imperialismo el que recomienda programas de reforma agraria en el continente y ofrece asistencia financiera para llevarlos adelante. Esos programas, sin excepción, persiguen crear en el campo, escenario natural de la lucha revolucionaria, un "colchón" de resistencia formado por pequeños propietarios, minicapitalistas, granjeros animados de una ideología conservadora. Aunque esa nueva clase puede crearse en ciertas áreas, lo cierto es que el ensayo está condenado al fracaso, ya que los países siguen en conjunto dependiendo de la metrópoli imperial y no pueden prosperar sus propias industrias ni desarrollar su propia agricultura, debilitados por la manufactura y los excedentes agrícolas que Estados Unidos necesita, a su vez, colocar en nuestras naciones.

En todo caso, poner de relieve el papel que jugará el campesino en la revolución, no significa en modo alguno, como está dicho, descartar para la lucha revolucionaria a la clase obrera, bajo cuya conducción se levantará la sociedad futura. En la realidad de lo que se viene llamando Tercer Mundo, esta tesis consiste simplemente en que para las necesidades tácticas de la revolución, revisten primordial importancia las posibilidades revolucionarias de determinadas capas campesinas. Hay críticos que acusan a los "guerrilleros" o "ultrarrevolucionarios" de menospreciar a la clase obrera, a sus organizaciones y a su ideología. No pasa de ser una crítica de mala fe.

Che Guevara, como otros jefes revolucionarios en distintas partes del mundo, considera que la guerrilla es la forma inicial de la lucha armada para llegar a formar el ejército popular liberador. Y esto sólo puede hacerse en el campo por razones que ya han sido muy analizadas. Che Guevara concedía una gran importancia a la lucha armada en las ciudades, pero como todo estratega sabía que a determinado nivel de la lucha ésta sólo podría hacerse frontal cuando existiera un ejército poderoso que combatiera con el ejército opresor. La lucha clandestina en las ciudades tiene graves riesgos. Toda una red dificultosamente estructurada está en permanente peligro de caer en manos del enemigo, ya sea por una delación, un golpe de suerte o la debilidad de un combatiente en la tortura. En cambio el foco guerrillero tiene grandes posibilidades de sobrevivir en un terreno favorable y de eludir a las fuerzas represivas, manteniendo vivo en forma permanente el foco de rebelión.

Sin embargo, Che Guevara, tal como se hizo en Cuba, en Argelia, en China o en Vietnam, otorgaba a la clase obrera la participación constante y culminante en el proceso revolucionario, y a las concentraciones urbanas un papel de amplia participación en el sostenimiento del foco guerrillero. El escribió que la guerrilla rural debía contar "siempre con la más amplia participación posible de las masas obreras" y que debía estar guiada "por la ideología de esa clase".

En nuestros países existe en términos generales un proletariado industrial escaso. Pero lo más serio, en mi opinión, consiste en que ese escaso proletariado está debilitado

(*) Id.

(7) Frantz Fanon, "Los condenados de la tierra", PF Nº 48.

por la ideología reformista de la burguesía, cuyos agentes han trabajado con habilidad en el seno de la clase obrera. Ya sabemos que en la propia teoría de Marx sobre el capitalismo, el proletariado "no es siempre necesariamente revolucionario", como lo han observado muchos estudiosos del marxismo (8). Hay quienes sostienen que "si no se aprovechan las oportunidades del período inicial de la industria moderna, el proletariado del país que se está industrializando tiende a convertirse en menos revolucionario" (*).

Este hecho, que parece efectivo en lo que concierne a países desarrollados, tiene también su contrapartida en aquellas naciones dependientes, donde las masas explotadas forman un proletariado más cercano a lo que Marx, Engels y Lenin visualizaron como la clase revolucionaria dispuesta a romper sus cadenas. Esa contrapartida consiste en la tendencia reformista, y a veces hasta conservadora, de algunos sectores organizados del proletariado urbano. Sin embargo, esas tendencias que en lo político se traducen en la esperanza de llegar a producir un día un cambio cualitativo, después de sucesivos torneos electorales, no es más que una cáscara que recubre a un importante sector de la clase obrera y que salta por los aires, hecha añicos, en cuanto se consolida un foco que empieza a irradiar a las ciudades su influencia revolucionaria. Las revoluciones de nuestro siglo incluyendo la cubana, así lo comprueban.

El largo esfuerzo organizativo y creador de conciencia que los partidos marxistas han efectuado en el proletariado debería merecer el mayor significado para los que traen una estrategia revolucionaria. Hay países como Chile, por ejemplo, donde la labor desplegada por esos partidos, en el curso de muchos años, ha creado una infraestructura susceptible de rendir óptimos frutos en su utilización por la lucha armada.

La mayoría de los cuadros que extrae la lucha revolucionaria en América latina, proceden de esos partidos. Aunque sus dirigencias, como en el caso de Bolivia o Venezuela, toman actitudes negativas, muchos militantes se incorporan sin vacilación a la lucha armada y su formación política resulta de enorme utilidad para la guerrilla.

En definitiva, aunque a veces este hecho se quiera olvidar, la corriente revolucionaria actual de América latina es hija legítima de aquellos partidos marxistas que abrieron el camino para la difusión de la ideología revolucionaria entre las masas.

En lo que respecta a la clase obrera chilena, el panorama no es sombrío. Sobre la base de una larga tradición organizativa se levantan en muchos sectores los atisbos de una radicalización en los métodos de lucha, tanto en el plano sindical como político. Hay un rechazo visible, en ciertos medios, a la burocracia dirigente y al freno permanente que ella coloca a las iniciativas de lucha de la clase obrera. Hay también muchos dirigentes obreros que vuelven a buscar la guía leninista para su acción como la forma más segura para la victoria de la clase. Llegará

el momento en que se podrá desplegar una lucha prerrevolucionaria como la descrita por Lenin: "Las masas deben saber que marchan a una lucha armada, sangrienta, desesperada. Deben compenetrarse del desprecio a la muerte, que es el que ha de asegurarles la victoria. Hay que llevar adelante la ofensiva con la mayor energía; el santo y seña de las masas ha de ser la agresión y no la defensa; el exterminio del enemigo ha de constituir su objetivo". ("Sobre la Guerra de Guerrillas").

Por lo demás una estrategia de lucha armada en el medio rural con un ejército de importante composición campesina, está dentro de la más pura tradición latinoamericana. Perú, Colombia y México en el pasado, por citar algunos ejemplos, son casos de utilización de la lucha campesina armada desde los albores de nuestra historia, desde Tupac Amaru hasta Emiliano Zapata.

Che Guevara, como todo revolucionario, no descartaba ninguna variante táctica en el curso de una lucha de liberación. También consideraba las posibilidades de la vía electoral, pero formulaba preguntas que nunca han sido resueltas por los partidarios más cerrados de esa vía. "Si un movimiento popular ocupa el gobierno de un país por amplia votación popular y resuelve, consecuentemente, iniciar las grandes transformaciones sociales que constituyen el programa por el cual se triunfó, ¿no entraría en conflicto inmediatamente con las clases reaccionarias de ese país?, pregunta el comandante Guevara, y añade: "¿No ha sido siempre el ejército el instrumento de opresión de esa clase? Si es así es lógico razonar que ese ejército tomará partido por su clase y entrará en conflicto con el gobierno constituido. Puede ser derribado ese gobierno mediante el golpe de Estado más o menos incruento y volver a empezar el juego de nunca acabar; puede a su vez el ejército opresor ser derrotado mediante la acción popular armada en apoyo de su gobierno; lo que nos parece difícil es que las fuerzas armadas acepten de buen grado reformas sociales profundas y se resignen mansamente a su liquidación como casta" (9).

Estas preguntas del comandante Guevara aún no encuentran respuestas convincentes dentro de la teoría revolucionaria. En cambio, a su modo, sí constituyen respuestas los golpes de Estado que han derrocado a los gobiernos más definidos en su reformismo y que parecían gozar de amplio apoyo de masas..., pero de masas inermes.

Che Guevara sabe las respuestas a sus preguntas, dirigidas francamente a la pléyade de "excepcionalistas", o sea, como él escribe, a esos "seres especiales que encuentran que la revolución cubana es un acontecimiento inimitable en el mundo, conducido por un hombre que tiene o no fallas, según que el excepcionalista sea de derecha o de izquierda". "La posibilidad de triunfo de las masas populares de América latina —escribe el comandante Guevara—, está claramente expresada por el camino de la lucha guerrillera basada en el ejército campesino, en la

(8) Paul M. Sweezy, "El proletariado en el mundo de hoy".

(*) Id.

(9) Che Guevara, "Cuba: Excepción histórica...", PF Nº 40.

alianza de los obreros con los campesinos, en la derrota del ejército en lucha frontal, en la toma de las ciudades desde el campo, en la disolución del ejército como primera etapa de la ruptura total de la superestructura del mundo colonialista anterior”.

Esa no es una tarea fácil, por cierto. “Días negros esperan a América latina”, dice el Che y añade que una vez iniciada la lucha “se debe dar duro, donde duela, constantemente y nunca dar un paso atrás; siempre adelante, siempre contragolpeando, siempre respondiendo a cada agresión con una más fuerte presión de las masas populares” (*).

La necesidad de dar un carácter continental a la lucha revolucionaria a fin de operarla con éxito al aparato represivo, también continental, llevó en agosto de 1967 a constituir en La Habana la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Fue un esfuerzo prematuro, incomprendido por quienes debimos asumir una actitud más consecvente (y no quiero referirme por supuesto a aquellos que, de todos modos, iban a boicotear la iniciativa de impulsar la unidad de los movimientos y organizaciones antimperialistas y de apoyar a los pueblos que se encuentran en lucha armada). En los mismos días en que se constituía OLAS en La Habana y cuando muchos delegados colocaban su firma al pie del documento final, comprometiéndose a coordinar la lucha contra el imperialismo norteamericano dentro de una estrategia continental, el comandante Guevara al frente de 22 hombres recorría un vasto territorio, eludiendo los cercos del ejército en una dramática búsqueda de otro grupo guerrillero que dirigía Joaquín. En su diario de campaña al terminar el mes de julio, escribió: “las tareas más urgentes son: restablecer los contactos, incorporar combatientes y lograr medicinas” (10). ¡Y nosotros en Chile, a un paso!

El 10 de agosto, el mismo día en que Fidel Castro clausuraba la primera conferencia de la OLAS con un discurso que causó visible malestar a ciertos delegados, el comandante Guevara anotaba en su diario: “Largo discurso de Fidel en que arremete contra los partidos tradicionales y, sobre todo, contra el venezolano; parece que la bronca entre bastidores fue grande. Me volvieron a curar el pie; estoy mejorando, pero no estoy bien. Con todo mañana debemos partir para acercar más nuestra base a los macheteros que sólo avanzaron 35 minutos en el día”.

En palabras de Fidel Castro en su prólogo al Diario del Che en Bolivia: “Nunca en la historia un número tan reducido de hombres emprendió una tarea tan gigantesca. La fe y la convicción absoluta en que la inmensa capacidad revolucionaria de los pueblos de América latina podía ser despertada, la confianza en sí mismo y la decisión con que se entregaron a ese objetivo, nos da la justa dimensión de estos hombres”.

Esa tarea gigantesca que emprendieron el Che y 40 hombres en Bolivia, poniendo en jaque al imperialismo y a los regímenes “gorilas” de Bolivia, Argentina y Brasil, da la justa medida de la potencialidad del foco

guerrillero. Eso, quizá, ya esté claro para los que observaron impávidos la hazaña revolucionaria que tenía lugar en Bolivia.

No está de más reconocer francamente que en Chile estuvimos muy lejos de cumplir la responsabilidad que se planteaba a los revolucionarios. Baste recordar que el Comité Nacional de OLAS sólo pudo constituirse después de numerosas dificultades, cuyo origen es bien conocido. Aparte del acto de instalación nunca más se supo de dicho Comité. En realidad, nunca existió. Y eso es tanto más grave cuando la iniciativa de crear OLAS partió de políticos chilenos. El senador Salvador Allende, en su discurso de homenaje al comandante Guevara, señaló con absoluta honradez: “Nosotros, como organizadores de OLAS, debemos reconocer —nos duele decirlo— que en los momentos duros de la lucha de Guevara, no se hizo presente la respuesta de nuestro pueblo”.

El Diario del Che en Bolivia merece ser estudiado. Aunque se trata de un documento que no estaba destinado a ser publicado, y el comandante Guevara anota en él principalmente observaciones críticas, que le pudieran servir más adelante para corregir fallas y errores, es el testimonio elocuente de las posibilidades magníficas que se abren a la guerrilla en Bolivia. El pequeño grupo, dirigido por Che Guevara, en muy pocas semanas de acción libró varios encuentros exitosos, causó numerosas bajas al ejército y le arrebató cerca de 200 armas de combate. A pesar de los reveses, el último día de su diario (7 de octubre), Che Guevara lo inició con la frase: “se cumplieron los 11 meses de nuestra inauguración guerrillera sin complicaciones, bucólicamente...”. Esa frase revela que el comandante Guevara no se sentía perdido, ni mucho menos, y que estaba en situación de proseguir la lucha. Cuando libró su última batalla buscaba eludir al ejército y restablecer contactos que le permitieran abastecerse de alimentos y medicinas e incorporar nuevos reclutas a la guerrilla. Fidel Castro ha explicado que el Che pensaba que la guerrilla boliviana “fuese escuela de revolucionarios que harían su aprendizaje en los combates... Era su propósito organizar un movimiento sin espíritu sectario, para que a él se incorporasen todos los que quisieran luchar por la liberación de Bolivia y demás pueblos sojuzgados por el imperialismo en América latina”.

Algunos críticos, los mismos a los que hemos aludido anteriormente, los “críticos seudorevolucionarios” que, en palabras de Fidel Castro, “con su cobardía política y su eterna falta de acción, sobrevivirán a la evidencia de su propia estupidez”, sostienen que Che Guevara fracasó porque no obtuvo el apoyo de los campesinos. Lo mismo dicen los dogmáticos.

Es otra falacia. Inti Peredo, que en Bolivia, rehechas las fuerzas del Ejército de Liberación Nacional, se prepara a continuar la lucha que inició el Comandante Guevara, ha escrito: “La primera etapa de toda lucha guerrillera consiste en poder sobrevivir hasta que se arraigue totalmente en el pueblo, principalmente entre los campesinos... El brote guerrillero en nuestro caso, no pudo pasar esa primera etapa, pero ya vendrán otros que surgirán y se desarrollarán plenamente

(*) Id.

(10) “El Diario del Che en Bolivia”, PF N° 59.

hasta aplastar al enemigo. Nuestros críticos concluyen, por este hecho circunstancial, que el camino es el equivocado... ellos contemplaron nuestra lucha desde lejos. Y es más: la aislaron totalmente. Le negaron colaboración y realizaron propaganda antiguerillera en el seno de su militancia. Luego, para salvar las apariencias "antimperialistas" emitieron sendos comunicados de "solidaridad" con la lucha guerrillera. Pero en los hechos, esa "solidaridad" se tradujo en simple palabrería de apoyo moral obligado a un pequeño grupo de "soñadores románticos".

Y agrega Inti Peredo: "El pueblo y principalmente los campesinos no apoyan algo que para ellos no existe. Esperar el apoyo del campesino para la lucha armada cuando esta no existe, es jugar a la insurrección como lo hacen algunos teóricos de la lucha armada que previamente exigen el apoyo masivo del campesinado. Los campesinos sólo apoyarán concretamente a un foco guerrillero cuando éste les muestre fuerza" (11).

Los revolucionarios, los combatientes por la liberación de un pueblo, no pueden entrar a calificar como lo hacen los oportunistas y los dogmáticos, el triunfo o la derrota de un movimiento de esta especie sólo por la suerte de una batalla. Aquellos que dicen que el Che fracasó porque perdió la vida en Bolivia, sienten una abismante desconfianza respecto al potencial revolucionario de nuestros pueblos. Para ellos la experiencia histórica no significa nada y los nombres de nuestros héroes y libertadores son pura palabrería que se maneja en discursos "patrióticos".

Nadie podría decir, por ejemplo, que José Martí fracasó porque cayó atravesado por un balazo a poco de desembarcar en Cuba para participar en la guerra de independencia de su país. Fue Martí precisamente quien dijo: "Ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y en el revolverse de los vientos. La alejan o la acercan, pero siempre queda memoria de haberla visto pasar". Cuba revolucionaria prueba que Martí estaba en lo cierto.

Nadie podría decir que Tupac Amaru fracasó porque fue descuartizado por los españoles o que Sandino fue derrotado porque lo asesinaron los esbirros del imperialismo en Nicaragua. La lucha de liberación de América latina la han forjado hombres como éstos, cuya herencia han recogido los pueblos en lento y doloroso tránsito hacia la libertad. Miranda, el precursor de la independencia hispanoamericana, murió en la prisión española; y Bolívar, su discípulo, el más

grande de nuestros libertadores, fracasó una y otra vez en sus expediciones, se vio aislado, sin recursos y enfermo, pero no cejó un instante; luchó sin desmayos hasta llevar a cabo su empresa independentista en escala continental. Y murió abandonado, creyendo haber arado en el mar.

El Che, que para uno de sus compañeros más queridos, Inti Peredo, es un "nuevo Bolívar de América latina", fue un combatiente por la liberación. Como tal estaba sujeto a todos los riesgos de la guerra. Junto a él, "romántico, visionario y heroico", combatieron y murieron revolucionarios bolivianos, cubanos, peruanos y argentinos, tal como en las primeras luchas por la independencia de América latina, y tal como serán los futuros combates y decisivas batallas por nuestra auténtica y total independencia. La muerte no puso fin al grito de guerra del comandante Ernesto Che Guevara. Otras manos se tienden a empuñar sus armas en Bolivia, Venezuela, Guatemala, Colombia, Uruguay, Brasil, Argentina y también en Chile mañana.

Tal como dice Inti Peredo, "mientras haya un hombre honesto en América latina la guerrilla no morirá, la lucha armada se desarrollará vigorosamente hasta que el pueblo entero adquiera conciencia y se levante en armas contra el enemigo común: el imperialismo norteamericano. Y la guerrilla boliviana no ha muerto: recién comienza".

Cada vez con mayor vigor y profundidad penetra en la conciencia de amplios sectores de nuestros jóvenes, obreros y campesinos latinoamericanos, el ejemplo vivo del Che Guevara. El impulso revolucionario irresistible que fluye de su vida y acción, traspasa los límites del continente y su nombre es enarbolado como gloriosa bandera de lucha en Vietnam, donde apreciaron su tesis de "dos, tres, muchos Vietnam", por los negros y los jóvenes rebeldes de Estados Unidos y por las masas combatientes de muchos países europeos.

Nada han logrado los reaccionarios, los críticos seudorrevolucionarios y dogmáticos que, en una u otra forma, han hecho lo suyo por esconder los perfiles revolucionarios del Che Guevara y convertirlo en una figura dolorosa y fracasada. Por el contrario, el Che es un inmenso grito de rebeldía que invita al combate y que estremece las conciencias culpables.

Permitaseme terminar con las palabras de uno de nuestros más grandes poetas, Pablo de Rokha: "Toda la gloria de todos los pueblos de todos los tiempos es la condecoración de tu figura, comandante de regimientos de pensamientos armados, querido hermano, y todas las patrias humanas son tu patria".

M. C. D.

(11) Inti Peredo, "La guerrilla boliviana recién comienza", PF N° 62.

